

—¿A Inés? preguntó Colon, sintiendo que se despertaba de nuevo en su alma un sentimiento que tenia amortiguado.

—Pues, ya sabe su merced que es camarista de doña Beatriz, que vive al lado; y ¿cómo no he de ir á darla un abrazo? Su madre quiso venir conmigo. ¡Pobrecilla! Apénas supo que nuestra Inés estaba tan bien colocada, se le quitó la tristeza, y ya está tan gorda y tan guapa, que da gusto verla.

—¿Pero vos no sabéis que doña Beatriz se ha ausentado de Córdoba?

—¿Con mi hija?

—Sí, con vuestra hija y con toda su servidumbre.

—No lo sabia. ¿Y á dónde ha ido?

—Eso es precisamente lo que ignoro.

—Alguien habrá quedado que pueda darme noticias.

Precisamente en aquellos dias se habia ausentado Beltran, y la casa de doña Beatriz estaba cerrada.

—Pues lo que es yo, dijo Matías, no me voy sin ver á mi hija. ¡No faltaba otra cosa! Yo averiguaré dónde se halla.

—¡Ah! se dijo Colon, olvidándose de todos sus propósitos. Averiguadlo y volved á decírmelo.

Matías no aguardó á que le dieran dos veces aquella orden.

La empresa que iba á acometer era difícil.

Despues de pasado el peligro de la supuesta peste, la posada y las casas inmediatas del barrio volvieron á poblarse, pero con personas que apénas conocian á maese Repulgo ni á doña Beatriz.

Como Matías sabia que la señora de su hija era dama de palacio, se fué directamente al Alcázar y procuró tomar informes de su paradero.

Nadie pudo darle razon.

Todos le contestaron que doña Beatriz habia perdido gran

parte del favor que gozaba con la reina, y se habia retirado.

Dió muchas vueltas por la ciudad, preguntó á todo el mundo, y ya desesperado volvía á la posada, cuando en un callejon tropezó de manos á boca con una vieja, que al verle bajó los ojos y procuró alejarse más que á prisa.

Sin embargo, Matías tuvo tiempo de verla y diciéndose: «Yo conozco á esta bruja,» recordó instantáneamente quién era, y acercándose á ella:

—Eh, vieja marrullera, la dijo; ¿por qué pasa de largo vuesa merced? ¿No me ha reconocido?

—¿Yo? ¡Dios me libre! contestó la vieja, procurando desfigurarse la voz. No le conozco á ucé más que para servirle.

—¿Conque no?

—Como me he de morir.

—Yo te ajustaré las cuentas, vieja maldita. Tú fuiste la que vino á buscarme á la posada de maese Repulgo, la que me refirió lo que habia pasado á mi hija Inés; tú fuiste, en fin, la infame gitana que con otras de tu ralea se la llevó de mi lado con el perverso intento de perderla.

Y cogiéndola de la mano:

—Vas á venir conmigo; voy á llevarte á la Santa Hermandad, y vas á pagar todas tus culpas.

—Déjeme ucé, señor Matías, déjeme ucé, dijo la vieja, no pudiendo ocultar por más tiempo que era ella efectivamente la que indicaba el aldeano.

—No te dejes, embaucadora.

—¿Es ese el modo que teneis de pagarme el beneficio que os he hecho?

—¿Tú?

—Sí; ¿por ventura hubierais hallado á vuestra hija si yo no os hubiera dicho dónde se encontraba?

—No hubieras tenido necesidad de decírmelo, si tú no me la hubieras quitado.

—Yo no fuí; no me lo podeis probar.

—Todas las señas que me ha dado mi Inés de la gitana que la robó convienen con las tuyas.

—Pues yo os juro que no; se equivoca de medio á medio; fueron de mi familia, es cierto; pero yo me condolí de su suerte, y por eso os busqué.

—Tienes razon, dijo Matías conteniéndose; tienes razon y te perdono, pero con una condicion.

—¿Cuál? exclamó la vieja.

—Yo he venido á Córdoba, y quiero ver á mi Inés. Es necesario que me digas dónde está.

—Con su ama.

—No lo dudo; ¿pero dónde está doña Beatriz?

—Qué, ¿no está en Córdoba?

—Su casa está cerrada.

—¿Y nadie sabe dónde se halla?

—Nadie absolutamente.

—Pues bien; si me ofreceis ocultar á la Santa Hermandad esa culpa que me atribuíis injustamente, yo os ofrezco deciros ántes de poco tiempo dónde se encuentran Inés y su señora.

—Corriente, es cosa hecha.

—Pues me voy, y vos me esperais en los alrededores de la catedral.

—¡Quia! No te suelto, dijo Matías; yo voy contigo hasta el fin del mundo.

—Tanto mejor. En marcha, dijo la vieja.

Y guiado Matías por ella, anduvieron unas cuantas calles, y al fin y al cabo penetraron en una casa de siniestro aspecto, donde vivia un curtidor judío, llamado Samuel, al cual dirigió la vieja en secreto algunas preguntas.

Matías no pudo apercibirse de lo que hablaban.

Únicamente notó en los gestos que hacia el curtidor señales negativas.

—Venid, dijo la vieja al aldeano.

Y cuando salieron á la calle:

—Ya veis que he hecho lo posible por complaceros, le dijo; pero cuando éste no sabe dónde se halla doña Beatriz, podeis estar seguro de que no hay en Córdoba quien lo sepa. Sin embargo, me ha ofrecido emplear todas sus artes para averiguarlo, y si permanecéis en la posada de maese Repulgo, yo os ofrezco ir esta noche á daros cuenta de sus descubrimientos.

—No me engañes, vieja taimada, dijo Matías.

—¿A qué fin? Al contrario, deseo que seamos buenos amigos, y por la misma razon tengo empeño en satisfacer vuestra curiosidad.

—Pues corriente; mira que soy muy terco, y que si me empeño en que te emplumen, ó te encierren en un calabozo para toda tu vida, poco he de poder ó he de conseguirlo.

—¡Dios me libre de que os dé semejante idea! Confíad en mí.

Matías se volvió confiado á la posada, y quiso su buena suerte que al entrar en la calle encontrase á un jóven que, reconociéndole, le llamó por su nombre.

—¿Es á mí á quien llamais? preguntó el aldeano.

—A vos; ¿no sois Matías Sampayo, de la Rabida?

—El mismo que viste y calza.

—¿No me reconocéis?

—Francamente, no me acuerdo.

—Soy Beltran, el paje de doña Beatriz de Córdoba, en cuya casa está vuestra hija.

—¡Ah! Sí; ya caigo; no podeis figuraros la alegría que me dais.

—¿Y habeis ido á buscar á vuestra hija y no la habeis hallado? ¿Deseais verla? ¿Habeis venido de expreso á Córdoba para tener ese placer?

—Lo que es venir por eso solo no, aunque se me pasan todos los días muchas ganas de emprender el viaje. Pero el prior de la Rábida me ha dado una comision para su protegido, y «¡qué diablo!» me he dicho, puedo matar dos pájaros de una pedrada.

—¿Y habeis visto al señor Colon?

—Hace más de dos horas, y tanto por él como por mí he recorrido la ciudad preguntando á todo el mundo el paradero de doña Beatriz.

—¿El os ha encargado?....

—¿Pues si tiene tantos deseos como yo de saberlo!....

—¿Y habeis averiguado?....

—A esta fecha nada; un demonio de bruja se ha encargado de traerme esta tarde noticias ciertas. Pero ya para nada las necesito, porque supongo que, siendo vos su paje....

—Lo es mucho, buen Matías. Yo os diré dónde se halla, pero con una condicion.

—¿Con una condicion?

—Sí.

—Veamos cuál es.

—La de que habeis de ocultar en dónde se halla al señor Colon.

—¿Esas tenemos?

—Es una órden de mi ama.

—Pero, ¿por qué?

—Lo ignoro: un buen criado debe acatar las órdenes de sus amos sin pedir explicaciones de ningun género.

—Eso está muy bien hablado; vengan esos cinco, que no todos los pajes son como vos. Pero el señor Colon se va á poner como un condenado conmigo, si sabe que me habeis dicho lo que él ignora, y no se lo he contado.

—Hay un medio para que no suceda eso.

—El pajecillo se lo encuentra todo hecho, dijo Matías muy contento ante la perspectiva de abrazar muy en breve á su hija; vamos, hablad.

—Sin ir á la posada, partís inmediatamente al sitio que yo os indicaré, abrazais á vuestra hija, y punto concluido.

—Pero ¿he de marcharme sin despedirme de él? ¿Con qué cara me presento á su vista cuando vuelva?

—Podeis entónces pretextar que os encargaron que volvierais en seguida. En fin, amigo mio, si quereis ver á vuestra hija, es necesario que sea á ese precio.

—Pues andando. Pero se me ocurre una idea. Tengo la mula en la posada; ¿cómo la saco si él está allí?

—Os prestaré mi ayuda. Yo he llegado hoy precisamente, y no he visto al señor Colon. Iré á verle, procuraré entreterle en su cuarto, y miéntras tanto podeis partir. De esta manera, hasta es más fácil que disculpeis vuestra descortesía, diciéndole cuando volvais á verle, que no quisisteis molestar su atencion, porque os dijeron que se hallaba ocupado.

—Me parece muy bien. Es listo el mozo, añadió Matías, decidiéndose á poner en práctica los planes de Beltran.

Dirigiéndose los dos á la posada, subió el paje á la habitacion del extranjero despues de decir á Matías dónde podria encontrar á su señora, y un cuarto de hora despues caminaba el aldeano hácia Baeza.

Entre tanto, preguntaba Colon á Beltran por qué razon habia rodeado su ama de misterio su ausencia de la ciudad.

—Cosa es esa, respondió el paje, á la que no os puedo contestar.

—Y sin embargo, dijo Colon, me habeis llamado algunas veces amigo.

—Es muy cierto; pero ¿qué hariais vos en mi caso?

—Lo que sin duda alguna va á hacer dentro de poco el honrado padre de Inés.

—¿Qué va á hacer?

—Averiguar dónde se halla su hija, y comunicármelo.

—Y si llega á saberlo, ¿sereis capaz de contrarrestar la voluntad de doña Beatriz? ¿No os he dicho mil veces en su nombre que estoy autorizado para prestaros toda clase de auxilios?

—Es verdad; pero entónces, ¿por qué se oculta de mi vista?

—Respetad, señor Colon, la resolucion que ha tomado. Si conocierais los motivos, que no me ha dicho, pero que yo adivino, comprenderiais su conducta.

—¿Vos adivináis las causas que la han obligado á partir?

—He dicho que las presumo.

—¿Y no podeis decírmelas? Vuestra ama no os ha mandado que me las oculteis.

—Eso no.

—Pues bien; creeré que no teneis en ningun aprecio mi amistad si no sois franco.

—No en vano apelais á mi afecto, dijo Beltran; voy á deciros lo que creo. Mi señora se apiadó de vuestra desgracia, y quiso dispensaros algunos beneficios.

La maledicencia, que ve siempre detrás del bien miras interesadas, atribuyó la proteccion que empezó á dispensaros á un afecto más egoista que el que inspira la piedad.

En el Alcázar se pronunciaron algunas palabras que llegaron á su oido. ¿No han podido muy bien ser estas indiscreciones causa de su alejamiento?

¿De qué manera podia hacer enmudecer á los murmuradores, más que alejándose de vuestro lado y renunciando á la influencia que pudiera emplear en vuestro obsequio?

No sé si son estas las causas; pero conociendo á mi ama como la conozco, estoy seguro de que no me engaño.

Ahora bien: ¿creeis que debéis dar pábulo á las murmura-

ciones averiguando su paradero, yendo á buscarla, aunque solo sea para mostrarla la gratitud que os han merecido los cuidados, las atenciones que en su nombre he podido prestaros?

—Teneis razon, Beltran, teneis razon. ¡Dios querrá que algun dia brille la verdad! Entónces, entónces.....

Colon no acabó la frase.

Un pensamiento fúebre cruzó por su mente.

¿Qué podia hacer despues de haber oido las palabras de Beltran?

No tenia más que dos caminos: ó alejarse para siempre de España y continuar su vida aventurera, ó seguir los consejos del prior de la Rábida, aceptar los recursos que le enviaba y presentar la carta de recomendacion que le habia dirigido para fray Pedro Antunez.

Su corazon le impulsaba á seguir este segundo camino.

Eran las cuatro de la tarde, y salia de la posada con ánimo de dirigirse al convento de Mercenarios, cuando al bajar al hogar halló á maese Repulgo.

—¿Ha vuelto el aldeano en cuya compañía vine á Córdoba?

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—Se ha marchado.

—¿De la ciudad?

—Sí, por cierto.

—¿Sin verme?

—Me preguntó por vuesa merced; pero apénas supo que teniais visita, por no molestaros se resolvió á marcharse sin despedirse.

—¿Y no os ha dicho nada para mí?

—Nada.

—¡Otro desengaño! pensó Colon. Tal vez ha averiguado

Matías lo que deseo; pero le han exigido que me lo oculte.

Dominado por esta idea, avanzó lentamente hacia el convento de Mercenarios.

¿Qué es lo que allí le esperaba?

CAPITULO XXII.

Misterios del corazón.



RAY Pedro Antunez era un hombre de unos sesenta años y de un carácter angelical.

En su rostro se revelaba desde luego la bondad de su alma.

Todo contribuía en él á darle el aspecto del verdadero pastor.

Había vivido en el mundo hasta los cuarenta años; había sido víctima de las debilidades humanas y esclavo de las pasiones, y tenía la suficiente experiencia para comprender y dispensar los extravíos de cuantos llegaban á él á confesar sus culpas, y á pedirle que les abriera las puertas del arrepentimiento.

Amigo y deudo del condestable don Alvaro de Luna, tal vez ambicioso como el célebre privado, había tenido ocasión de ver en él los efectos de la mudable fortuna; tal vez anticipándose á la historia, que más tarde hizo justicia al privado de don Juan II, conocía hasta qué punto eran injustas las persecuciones de que fué objeto, y todas estas causas, y acaso alguna oculta, le impulsaron á abandonar el mundo por el claustro, y á buscar en la más humilde regla un correctivo á la soberbia que le había dominado en los primeros años de su vida.

Antes de llegar á Córdoba había vivido en Valladolid, y